

LOS SOCIALISMOS

1. El socialismo clásico.

A diferencia de lo que Marx supuso, y lo que el propio Engels pudo observar, el socialismo no avanzaba a finales del s. XIX y principios del XX por la vía de la insurrección proletaria, sino que progresaba a través de las instituciones democráticas instaladas en los distintos Estados. Tanto es así que se fue quedando atrás la idea de un Estado que sirviese como instrumento para precisamente su definitiva extinción, y comenzó a ser sustituida por una estrategia favorable a introducir el socialismo a través de las instituciones de la democracia representativa.

Dentro de la socialdemocracia alemana, tanto Berstein —defensor de un partido democrático cuyo socialismo permitiera heredar y desarrollar la tradición liberal— como Kautsky —que defendía grandes partidos de masas vinculados a los sindicatos, cuya creciente fuerza permitiese finalmente cambiar de raíz la sociedad burguesa— simbolizarían el dilema de la socialdemocracia clásica: la participación o no en los debates político-institucionales con el riesgo de perder de vista la defensa del trabajador, pero conscientes de que los ciudadanos europeos reclamaban soluciones a problemas que trascendían al problema de la clase (definición del Estado, política internacional, etc.). En el esquema del socialismo clásico el interés de los trabajadores será el prioritario y prevalecerá la tesis de no involucrarse en polémicas ajenas, así como el interés de diferenciarse del resto de partidos.

En España la ideología del socialismo clásico la encarnaría Pablo Iglesias, fundador del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores. Pablo Iglesias quería crear un partido estrictamente obrero que se diferenciase de los partidos de la Restauración, fuesen liberales o conservadores, pues representaban distintas caras de la clase burguesa. Lo que llevó al Partido Socialista, por un lado, a marcar distancia con los republicanos, y por otro, a subrayar frente a los anarquistas que el combate político formaba parte de la misma lucha que el combate sindical. Este doble reto marcaría la vida del socialismo español hasta 1939, donde para hacer frente a los problemas de la Segunda República, los socialistas tuvieron que asumir como suyos los problemas en torno al Estado y a la Nación.

2. El socialismo en el periodo de entreguerras.

Estos debates entre las distintas posturas que defenderían Bernstein y Kautsky desaparecerían tras 1914. El siglo XX iba a ser un siglo lleno de guerras y conflictos, y los proletarios de los distintos países, a pesar de las proclamas de la Internacional socialista, acudieron al campo de batalla. Tras aquella experiencia terrible, sería en la Rusia zarista donde estallaría la revolución que tanto habían deseado los obreros socialistas. Bajo la égida de Lenin se recuperaría la teoría a partir de la cual el Estado era visto como un instrumento de la clase burguesa y al que la revolución se encargaría de destruir y sustituir por una dictadura del proletariado, hasta la propia extinción del Estado. El partido de la revolución debía funcionar como una organización militar, y la fundación de la Internacional comunista dividió al movimiento obrero europeo, generando una oposición radical entre los defensores de la revolución y los que siguieron siendo partidarios de una vía democrática al socialismo.

Tras la experiencia de la Revolución rusa se fueron constatando dos realidades. La primera, la degeneración del poder político tras los procesos postrevolucionarios, es decir, la transformación de la dictadura del proletariado en una dictadura sobre el proletariado y el conjunto de la población. Degeneración que aún hoy muchos atribuyen al periodo estalinista y sus crímenes del Gulag, pero en vida de Lenin ya se tomaron decisiones que afectaron decisivamente a la construcción de un socialismo sin democracia (ausencia de partidos políticos; represión de la oposición interna del Partido; la disolución de la asamblea constituyente). La segunda, fue la dificultad de extender el proceso revolucionario más allá de Rusia, donde fue quedando cada vez más aislada, mientras que en los países occidentales fue creciendo el nazismo y el fascismo provocando la crisis de la democracia liberal. En España, la dictadura de Primo de Rivera sellaría el final de la monarquía, terminando con el juego político del régimen de la Restauración.

A partir de ese momento la monarquía en España perderá la credibilidad y será vista como sinónimo de corrupción y tiranía, de manera que si un auténtico liberal quería apostar por la democracia debía apelar a la constitución de un régimen alternativo, es decir, como hizo Manuel Azaña, a la república. El Partido Socialista, no sin dudas y teniendo que trascender sus objetivos clásicos, tras conseguir el apoyo del líder de UGT, Francisco Largo Caballero, se uniría a la causa del cambio de régimen. El Partido Socialista agotaría la mayoría de sus energías en su lucha por sacar adelante reformas sociales que, al final, quedaban ralentizadas en favor de los grandes problemas pendientes en la historia de España: la cuestión religiosa, militar, territorial, la educación, etc. Lo cual hizo que el malestar social siguiera creciendo, hasta el punto de que muchos trabajadores, influidos por los sindicatos anarquistas, con un gran poder, terminasen viendo a los socialistas tan burgueses como al resto de formaciones políticas parlamentarias. Esta dificultad para conciliar las necesidades del sindicato socialista y las urgencias del gobierno republicano llevó a los socialistas a subrayar su independencia a costa de abandonar a su suerte electoral a los republicanos de izquierda, lo que constituyó el inicio del desastre. Vencerán los católicos reaccionarios presididos por Gil Robles, los socialistas convocarán una huelga contra la entrada al gobierno de políticos de la CEDA, que fracasa estrepitosamente; la represión militar posterior es brutal. En las elecciones del 36 vencen las fuerzas del Frente Popular, lo que deriva en un golpe de estado dando lugar al estallido de una Guerra Civil que terminaría dando la victoria a los rebeldes, sellando así la suerte de la democracia española.

3. El socialismo en la época dorada.

Mientras la República española fue derrotada en España y abandonada a su suerte, inmediatamente toda Europa se convirtió en un campo de batalla. El socialismo anterior a la Segunda Guerra Mundial había vivido el giro nacionalista de la Primera Guerra Mundial y el impacto de la Revolución rusa y el fascismo en la socialdemocracia clásica. El socialismo democrático posterior a ambas guerras intentará mantener sus señas de identidad reafirmando una vía democrática, y articulando, entre otras cosas, una estrategia compartida por los sindicatos y los partidos socialistas.

A diferencia del partido bolchevique, insurreccional y de vanguardia, el tradicional partido socialdemócrata había sido un partido de masas, enfrentado a la sociedad burguesa, capitalista y clerical. Este partido de masas partía de dos supuestos: el Estado del bienestar no se había desarrollado y por ello la educación pública no se había universalizado. Es por esto por lo que, utilizando las casas del pueblo y los ateneos libertarios, el partido obrero no sólo enseñaba a leer y a

escribir, sino que ofrecía una cultura política propia, una cultura de resistencia que esperaba el gran día en que se pudiera producir la transformación social definitiva. El sindicato iba concretando las reivindicaciones parciales y el partido aportaba una perspectiva global de transformación social. Esta cultura de la socialdemocracia anterior a la Segunda Guerra Mundial es la que va a ir desapareciendo por las transformaciones del sistema económico y político.

Con la llegada del Estado del bienestar se transforma también la democracia política y los partidos políticos comienzan a abandonar las viejas fronteras de clase hasta el punto en el que pasan a ser una máquina electoral que tiene que recoger apoyos de sectores muy amplios que trascienden el criterio de clase. Es decir, organizaciones interclasistas en la que prima la necesidad de alcanzar mayorías electorales. Estamos ante un socialismo que no quiere esperar al gran día, y cuya estrategia se centra en asumir responsabilidades de gobierno. Este cambio se escenificó en la socialdemocracia alemana en figuras como W. Brandt u O. Palme, y en cuya política fue importante la personalización del mensaje y una cierta desideologización. El Estado del bienestar lograría también la integración de la clase trabajadora a través del consumo de masas y de una estructura industrial Fordista, donde imperaban los grandes sindicatos de clase. La desaparición de ese modelo industrial, y, por tanto, la pérdida de funciones del Estado del bienestar, tendrá serias consecuencias para el socialismo.

A partir del 68 todo cambió. Ya no era posible seguir pensando en ese socialismo asociado al crecimiento económico, desvinculado de su impacto en el resto del mundo, y, en definitiva, con un planteamiento eurocentrista, productivista y pronorteamericano; un planteamiento tan escorado a la derecha que permitió la aparición de formaciones políticas de nueva izquierda que recogían el malestar social y se apoyaban en los movimientos estudiantiles. Los socialismos del sur de Europa apostarán por nuevas formas de socialismo que trasciendan la socialdemocracia, un «socialismo autogestionario» que implicaba la autoorganización de la clase trabajadora y que se definiese como alternativa, primero, de aquellos países del Este en los que el «socialismo real» se había alejado tanto del ideal socialista y, segundo, de aquellas prácticas que daban como resultado la humanización del capitalismo. Pero ¿era posible trascender la socialdemocracia? Teóricamente sí. Esta tercera vía la elaborarían autores como R. Miliband defendiendo la articulación de un reformismo revolucionario.

4. El socialismo tras la caída del muro de Berlín.

A partir de 1989, la desaparición del movimiento comunista, del pacto de Varsovia, y de la propia Unión Soviética marca un antes y un después. Tres serán las interpretaciones de la realidad y las propuestas de acción política que han conformado los debates de la izquierda durante estos veinte últimos años.

Para los defensores de la «socialdemocracia liberal» la caída del muro de Berlín será vista como la crisis que sufren las fórmulas keynesianas en política económica. A su juicio, el Estado del bienestar es insostenible y habría que constituir un modelo intermedio que, aun manteniendo ciertos elementos de éste, debía tener en cuenta además las demandas de unas clases populares cada vez más integradas en la cultura consumista. Hay que tener en cuenta que el «liberalismo social» defendía una «libertad positiva», es decir, aquella que se realizaba una vez cubiertas ciertas condiciones del individuo; es por ello por lo que el goce consumista, que no es otra cosa que la satisfacción del vicio privado, es defendido por la socialdemocracia liberal como herramienta del

individuo para abrirse camino hacia las ventajas de la globalización. Pero frente a esta interpretación más o menos optimista de la realidad, se levanta otra algo más sombría pero quizás más realista del «socialismo de izquierda», que se afana en recordar que no todos gozan de los bienes producidos por este tipo de globalización. Reivindicarán una globalización alternativa que no sólo tenga en cuenta el marco europeo, sino que, poniendo sobre la mesa el problema ecológico, la diversidad cultural, los problemas del Tercer Mundo, etc., se termine por diseñar un nuevo internacionalismo, una solidaridad transnacional. En medio de estas dos posiciones estará la «socialdemocracia keynesiana», es decir, los que no critican al Estado del bienestar desde el neoliberalismo económico como hace la socialdemocracia liberal, ni tampoco desde el socialismo libertario, que influye en los nuevos movimientos sociales. Los socialistas keynesianos apelaran a los elementos de la tradición socialdemócrata como el movimiento obrero organizado, la educación pública y la sanidad universalista, pero sabiendo que es imprescindible abrirse a los nuevos colectivos de inmigrantes que no encuentran en estas organizaciones clásicas un instrumento adecuado para defender sus reivindicaciones.

Como vemos, es palpable la dificultad de hallar un espacio para los partidos socialistas y para las formaciones de una izquierda a la izquierda de la socialdemocracia. En este campo se han dado algunas fórmulas políticas dentro del socialismo que han tratado de encontrar nuevas vías de intervención política. En primer lugar, se ha ido produciendo una diferenciación cada vez mayor entre partidos y sindicatos. Los sindicatos se abren a trabajadores de distintas ideologías, y los partidos se vinculan a estos, pero como una organización corporativa. En segundo lugar, la fórmula clásica del socialismo, la llamada utopía del trabajo, ha ido desapareciendo. Se asume como un dato inexorable que no es posible una liberación en el tiempo del trabajo, de manera que, puesto que no es posible acabar con el sistema capitalista, se intente al menos garantizar las reformas que han permitido ir dulcificándolo y humanizándolo (derechos laborales, servicios públicos, pensiones, vacaciones, etc.).

5. El socialismo actual.

Son momentos para el socialismo presente muy distintos a los del 45, a los del 68 y a los del 89. A partir del 2001, a la defensa del Estado social se ha tenido que unir la lucha por la pervivencia de un mundo laico atravesado por el choque entre los fundamentalismos. El socialismo hijo de la Ilustración vive como preocupación la emergencia de una nueva época donde parece que no es posible la convivencia pacífica entre naciones ni la armonía dentro de los propios estados. Ante esta realidad el socialismo democrático volverá a reivindicar la pervivencia del proyecto ilustrado.

En el caso español, la ausencia de una tradición nacional compartida mayoritariamente, por no haber podido conectar con el impulso de las democracias antifascistas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, ha provocado que el socialismo español se haya visto influido por los problemas que en su fundación se consideraban secundarios: los problemas político-institucionales que se alejaban de la defensa obrera. Cuando los socialistas, ya en el s. XXI, han querido matizar algunos elementos del consenso constitucional, se han encontrado con que para la derecha conservadora el antecedente de la actual democracia remite a la época de la Restauración y para la izquierda a la Segunda República. Esta cuestión remite a las tradiciones políticas, y obliga al socialismo democrático a mantener su especificidad y tener identidad propia; aunque tenga que verse influido con los problemas de una historia que tiene que reinterpretar una y otra vez para construir un relato creíble.